

PREGÓN EN HONOR DE N^{ra}. S^{ra}. Del ROCÍO.

Hermandad de "La Estrella".
Madrid, 3 de junio, 2000.

José González de Quevedo, S. J.

A través de la Hermandad de Trigueros entré en contacto con esta querida Hermandad de la Virgen del Rocío, del Barrio de La Estrella; este sector de Madrid tan fácil de encontrar... cuando se conoce. Aún recuerdo la inquietud, hace dos años, cuando venía, con mi familia, para hablaros de la Virgen del Rocío, porque llegaba la hora del tríduo y nos habíamos perdido; así nos sucedió los tres días. Por eso, el día de la función solemne con que finalizaban los cultos, nos vinimos en un taxi en vez de tomar el autobús o el metro y, oh, desgracia, el taxista también se perdió. Menos mal que, a pesar de todo, llegamos a tiempo.

Lo que me sucedió de hermoso y de agradable fue conoceros, algo que tengo que agradecerle a Dios, a la Virgen, a la querida Hermandad triguereña y, por supuesto, a vosotros que con vuestro cariño, sabéis ganaros el corazón de quien os trata.

Antes de comenzar este Pregón, quiero pedirle a la Señora que me alcance del Pastor la gracia de saber transmitir un poquito de esa luz y de esa alegría que brota de la fe y del amor.

Señora, Tú estás aquí
junto a Él; así, Señora,
no lo perderás ya nunca
porque siendo Tú Pastora
sabrás cuidar de tu Hijo
y de esta gente sincera
que también son tus ovejas
en marismas rocieras.
Permíteme que yo hoy
les hable de tu cariño
y de esa gracia que es vida
y nos regaló tu Niño
dando su vida en la cruz
para borrar los pecados
de esta humanidad que siembra
el dolor por todos lados
por los que pasa, llevando
odios y muerte.

Quisiera

que pusieras en mi voz
 la luz de la primavera,
 llena de olor de pinares
 y un murmullo de oraciones
 con los ecos de tu ermita
 y ese llanto sin razones
 cuando te miran la cara
 los peregrinos cansados,
 y la emoción desbordada
 cuando se llega a tu lado;
 pero aún mejor sería
 que les hablara Tú misma
 de la verdad del amor
 que se vive en la marisma,
 entre la gente romera
 que va buscando tus huellas.
 Háblales Tú, ay, Rocío
 a tu Hermandad de la Estrella.

Señoras, Señores: Es verdad que todo puede llegar a conocerse con más o menos exactitud, aunque no sea de una manera directa, a través de la manifestación verbal de alguna persona que posea ese conocimiento, pero, indudablemente, jamás será tan inmediato y tan preciso como si ese conocimiento lo adquirimos por propia experiencia.

Esto mismo sucede con el Rocío. Muchísima gente llegó a tener alguna noticia de él a través de medios informativos que, naturalmente, no pueden dar, en unas imágenes concisas y breves, toda la amplitud ni, muchos menos, la hondura espiritual y humana que hay en él. Otras personas supieron del Rocío, porque fueron a la romería y montaron a caballo, cantaron y bailaron, admiraron el colorido de los vestidos de flamenca e incluso hicieron el camino participando en una excursión maravillosa y en todo lo que es puramente externo, pero sin calar en el interior del fenómeno rociero. Otros van a la romería y disfrutan observando e integrándose en el ambiente de alegría y de amistad, pero no tienen fe cristiana y les falta, por lo tanto, la capacidad de vivir la relación afectiva con el Pastor y con la Virgen y apreciar el sentido sobrenatural que tiene el Rocío. Hay corrientes de pensamiento materialista que quieren borrar a Dios de la vida y, al no poder hacer desaparecer esta manifestación del sentir religioso de un pueblo, pretenden reducirlo todo a un fenómeno cultural y humano y, si pudieran, harían desaparecer todo lo que significa la devoción rociera en la vida y en la romería, como manifestación alegre de fe y de amor y así, pretenden vivir y presentar el Rocío.

Eres como la cigüeña
 que, cuando se echa a volar,
 pasa de prisa y no sabe
 el misterio del pinar.

Viste por fuera la ermita,
 te atrajo como un señuelo
 pero no entraste a rezarle
 a la Reina de los cielos.

Simpecaos en la Misa
daban al sol sus destellos;
te llamaron los amigos
y los preferiste a ellos.

Tú no viste a la Paloma
cuando a la calle la sacan;
tú roncabas a esa hora
y dormías la resaca.

Has visto una fiesta hermosa,
has bailao y has bebío;
sólo te faltó una cosa,
sólo te faltó una cosa:
saber lo que es el Rocío.

El Rocío hay que vivirlo desde desde la alegría del que cree en ese Alguien que nos ha creado y nos ha redimido, desde el dolor y la angustia cuando necesitamos la ayuda de ese amigo divino que puede tendernos la mano, porque el Rocío se lleva en el corazón y en el alma, como se lleva el cariño de unos padres buenos.

Estoy lleno de alegría,
tengo ganas de vivir,
me gusta la luz del día,
me olvido de mi sufrir
pensando en la romería.

Yo no necesito vino
pa alegrar mi corazón,
cuando voy por los caminos
rezando con devoción
al Pastorcillo divino.

Ya va apuntando la aurora,
y hay rescoldo en la candela;
qué pronto se van las horas
velando de centinela
y hablando con la Pastora.

Yo pongo a Dios por testigo
y Él sabe que no le miento
cuando, llorando, le digo
qué hondo es mi agradecimiento
por darme tantos amigos.

Tesoro
yo tengo el mayor tesoro:
amigos a los que quiero,
esa Virgen que venero
y a ese Niño Dios que adoro

La palabra: Rocío encierra varios significados distintos; uno es la condensación del vapor con el frío de la noche que aparece como gotas de agua sobre la superficie de las hojas. Rocío es, para nosotros los rocieros, el nombre bendito de la Imagen que está en la marisma y que es el centro de nuestra devoción mariana y por un fenómeno extraño, es el lugar donde se haya el santuario de la Virgen del Rocío. Después de la conquista de aquellas tierras por el Rey Alfonso décimo el Sabio, aquella parte del Coto se llamaba: el Coto de las Rocinas, y al poner allí una ermita con una Virgen, la Imagen tomó el nombre del lugar y así se llamó aquella Imagen Nuestra Señora de las Rocinas. Lo mismo sucede con la Virgen de Lourdes, la Virgen de Fátima, la Macarena, que es el nombre del barrio de Sevilla en el cual se venera esta imagen y un largo etcétera; y decía que es un caso curioso porque tal vez sea el único, en el que la Virgen cambia de nombre, no sé el cuándo ni el por qué, y le hace también cambiar de nombre al lugar en el cual se venera su Imagen. El sitio en el que se encuentra la ermita, hoy no es el Coto de las Rocinas sino El Rocío. También se le llama Rocío al conjunto de actos que constituyen la romería; hay quien dice: este año no voy al Rocío, para significar que no irá a la romería, pero el concepto más propio, la definición más exacta sería decir que Rocío es una forma de vivir, amando al Pastorcillo divino con todo el corazón, querer a la Virgen como se quiere a una Madre y ser un buen amigo para todo el mundo, los trescientos sesenta y cinco días del año, menos los años bisiestos, que serían trescientos sesenta y seis.

Me gusta el año bisiesto
pero sólo lo prefiero
porque en él puedo sentirme
un día más, rociero.

Ser rociero, se vaya o no se vaya a la romería, es ser cristiano y devoto de la Virgen del Rocío y luchar cada día por conseguirlo, porque el camino cristiano lo mismo que el camino rociero, hay que andarlo día a día y paso a paso. A veces, en las conversaciones surgen los equívocos porque esa palabra: Rociero, no está claramente definida en el concepto que cada persona le da cuando se refiere a él. Hay quienes le tienen devoción a la Virgen en esa advocación pero no han ido jamás a la romería y creen que, sólo por ese único motivo, no son rocieros; si son buenos cristianos son mejores rocieros que muchos que tal vez llevan años yendo a las marismas a divertirse.

El Rocío no es el cante
ni el camino ni los rezos;
el Rocío es la Pastora
y un poco de todo eso.

Si no hubiera romería
en tiempo de primavera
te seguirían queriendo
los rocieros de veras.

Miré a los ojos del Niño
a la plena luz del día
y noté que, na más verme,
se llenaron de alegría

A mis años ya no puedo
llevarla como otras veces
pero la quiero lo mismo
que el cariño no envejece.

El Rocío es lo sencillo,
la humildad y la grandeza,
la paz y el pan en la mesa,
eres Tú y el Pastorcillo
y la gente que te reza.

Ser cristiano es el intento sincero de amar cumpliendo el deseo de Jesús, expresado por Él claramente, cuando nos dijo que el mayor mandamiento de la Ley es amar a Dios como a un Padre bueno y al prójimo como nos queremos a nosotros mismos. Sin verdadero amor, el discurrir de la vida no podrá ser cristiano ni el Rocío será auténtico Rocío, aunque haya quienes se denominen a sí mismos: rocieros porque han estado en las marismas, porque cantan y tocan la guitarra o porque hacen el camino con su caballo y, en cuanto llegan a la aldea, embarcan el caballo y se vuelven a su pueblo y, menos mal, si se llevan su egoísmo como una sombra que jamás se les despega.

Bailabas con brío y arte
sevillanas rocieras
girando, igual que el aire,
frente a una guapa romera.

Nobleza y fuerza en la sangre
de un potro muy bien domao;
a ti te falta la doma
y estás muy mal educao.

El Ángelus fue volando
por los cielos de Doñana
y tú seguías bebiendo
y cantando sevillanas.

Viste a la gente llorando
ante la Imagen bendita;
tú, ni una salve rezaste
delante de Ella, en la ermita.

Tantos años de qué te sirvieron
viniendo al Rocío;
te crees rociero
y no has aprendío, Dios mío,
lo que es el amor.

La romería de Pentecostés tiene una semejanza honda con la misma vida. La romería comienza en el instante en que, con ilusión e impaciencia, damos el primer paso hacia las marismas y tiene su punto culminante en el encuentro con la Imagen bendita, en la mañana del lunes, cuando se va acercando al Simpecado de cada Hermandad y le rezamos la Salve, si es que la emoción nos permite decir algo, ahogados por nuestras

lágrimas. El camino de la vida comienza cuando llegamos a este mundo y finaliza en ese encuentro feliz con el Pastor y la Virgen en un abrazo definitivo y eterno, en la alegría de un Rocío de marismas infinitas sin despedidas ni caminos de vuelta. Dos cosas muy distintas, pero en la pequeñez de la realidad humana, el encuentro con la Virgen que sostiene al Pastor entre sus manos, nos da una idea de la grandeza que nos aguarda por la misericordia de Dios y el cariño de la Pastora, cuando llegemos a ese otro Rocío de los cielos donde la Virgen no es una Imagen, sino Ella misma, la que llevó en su seno al Hijo de Dios y la que estuvo, fiel, al pie de la cruz, mientras el Hijo agonizaba. Esa misma a la que acudimos tantas veces mirando la Imagen que nos produce escalofríos, cuando, como una barca en medio del temporal, se nos acerca radiante en la mañana del lunes de Pentecostés.

Como una ola de amores
de la mar, cuando se estrella,
entre esfuerzos y sudores,
arrasan cirios y flores
cuando saltan a por Ella.

En la calle, a la Pastora
la besan el sol y el viento;
pálida luz de la aurora,
tú sabes que Ella, ahora,
me tiene en su pensamiento.

La Virgen sobre la brisa
se acerca a mi Simpecao;
allí se acabó la prisa
y al contemplar su sonrisa
yo le recé emocionao.

Se termina aquel encuentro
y se aleja la Pastora
y se me rompe por dentro
un llanto dulce en mis centros;
sé que Ella también llora.

El día se ha despertao
y como una abeja fiel,
la Virgen, de lao a lao,
va buscando Simpecaos
para dejarles su miel.

Toda la hondura del sentimiento más verdadero, la emoción más espiritual, el desahogo más tranquilizador se consigue, más que en los momentos preciosos de la convivencia del camino o de las Casa de Hermandad, se alcanza en la intimidad de la oración ante la Imagen porque sentimos que es Ella misma, -la que vive en la presencia de Dios-, la que se nos acerca de una manera casi tangible y pone una seguridad tan viva de su cariño hacia nosotros que nos sentimos confortados. Cuando, en ocasiones, tenemos oportunidad de ir a la aldea, en un día cualquiera, sin bullicios, sin gente y nos

encontramos sólo en su presencia, nos parece que Ella baja desde los cielos y del altar para estar a nuestro lado y escucharnos como una madre sabe hacerlo.

Me consuela estar con Ella
cuando está sólo la ermita
y aunque la pena me ahoga
ni mi voz ni mi alma gritan
que la Virgen siempre sabe
lo que un hijo necesita.

Se despierta la marisma
cuando el sol rubio se asoma
y hasta el interior del templo
el Coto me trae su aroma
y en mi cielo vi cruzando
el vuelo de una Paloma.

Mi oración no son palabras;
mi liturgia no es el canto
y en procesión a la reja
paso a paso me adelanto
y al mirar su rostro puro
mi dolor se va en el llanto.

Regaron mis flores tristes
agua amarga de mi río;
las até con soledades
que guardo en el pecho mío
y esa fue toda mi ofrenda
a la Virgen del Rocío.

Y al Pastor yo le pedí:
no corras, que no te caigas.
Deja que me atienda a mí
que es mucho lo que sufrí.
Niño, no me la distraigas.

Es verdad que esa Imagen que está en la aldea tiene algo extraño que cautiva y que emociona; también es verdad que esas marismas rezuman una paz y una inocencia puras que se nos meten en el alma y nos dan una serenidad inmensa. Contemplar ese agua remansada; mirar al frente y observar la línea verde de los eucaliptos y de los pinares que se asoman a la Canaliega y a cuya sombra crecen los romeros olorosos; detenerse a mirar un amanecer cristalino o la caída del sol entre tonos rojizos encendidos, allí, cerquita de la Virgen, sintiéndonos pequeños ante la inmensidad de la marisma y del cielo limpio, es una inmersión en otro mundo de paz y de presencias sobrenaturales.

Cuando estamos solos con Ella, sentimos el corazón zarandeado por su calor en ese ambiente de paz y blancura de la ermita y nos impresiona profundamente la sencillez de su mirada, cuando nos envuelve el silencio denso y tangible. Sentimos ternura al recordar todo lo que Ella supo amar y todo lo que sufrió y también, al pensar en su vida de Nazaret, la imaginación la traslada, sin altar dorado, sin corona ni anillos, sin vestidos

bordados ni ráfagas de oro, a la cercanía de nuestra vida presente, en la sencillez de la aldea, con una vida limpia y entrañable como cualquier familia humilde de las que habitaban en aquellos chozos amplios y pobres no hace muchos años y que sabían soportar la pobreza con la simplicidad de las almas buenas y humildes que no dan cabida en su corazón a la envidia y que nos enseñan que la bondad es la única forma de ser cristiano y rociero.

Siempre me llegó muy hondo
la humildad de los boyeros
que duermen junto a la yunta
a la luz de los luceros,
que no presumen de nada
y son buenos rocieros.

La flauta viene sonando
y el tambor le da la clave;
la fe del tamborilero
en la marisma no cabe
nadie ve que va rezando
pero la Virgen lo sabe.

Mujeres que aman y sufren
y enseñan a sus chiquillos
a querer mucho a la Virgen
y a rezarle al Pastorcillo;
lo dan todo y se conforman
si las quieren un poquillo.

Hombres que son rocieros
y luchan con alegría
y están soñando to el año
que llegue la romería
y se acuerdan de la Virgen
a toas horas, tos los días.

Como la luna y el río,
como el pinar y la arena
como la torre y el nío,
así de sencilla y buena
es la gente del Rocío.

Habría que preguntarse si todo ese mundo artístico, colorista y religioso tiene un fundamento firme en el que asentarse o es simplemente la consecuencia de una tradición, de una necesidad psicológica de evasión o responde a una realidad sobrenatural e incomprensible. Cuando nos adentramos en el mundo de Dios, nos encontramos perdidos con infinitud de preguntas. Buscamos respuestas que no nos llegan, nuestra inteligencia se ahoga en un mar inmenso de elucubraciones y de búsqueda científica, que tampoco tienen una salida lógica y convincente. En el intento de acercamiento a Dios no hay más que un camino: o fiarse de Él, sin más razones que el testimonio de su palabra, de su vida y de su resurrección, o dejarlo. Jamás vamos a encontrar en nuestra inteligencia una

respuesta para nuestra fe. La fe es el puente que, salvando los abismos de ignorancia, desde nuestra orilla, nos puede llevar a la intimidad afectuosa y profunda del corazón de Cristo en su cercanía real del Sagrario, donde Él nos aguarda, pero sin más razones que la confianza en su verdad, apoyada en el testimonio histórico de un amor infinito e incomprensible hacia los seres humanos.

Quién me puede responder
a una pregunta curiosa:
cómo el azahar fragante
se hace naranja jugosa
y el gusanito de seda
se convierte en mariposa.

Por qué, entre las ramas verdes
cuando las aves anidan,
de huevecillos que tienen
yema y clara muy unidas,
nacen un día, piando,
pollitos llenos de vida

Miré unos troncos ardiendo
en la noche rociera;
me pregunté qué era el fuego
que los convierte en hoguera
y pedí fuego de amor
aunque así me consumiera.

Ni un sabio puede explicar
ese misterio divino
cuando el Pastor en la Cena,
al coger el pan y el vino,
los convirtió en Cuerpo y Sangre,
comida del peregrino.

Y me llena de alegría
ese milagro que has hecho;
le llaman Eucaristía
pero eres Tú, cada día
queriendo entrar en mi pecho.

La devoción rociera y su manifestación alegre y festiva es una consecuencia de la certeza de la presencia de Dios en nuestra vida y de la seguridad de una esperanza luminosa de un Rocío eterno. La única condición para establecer esa relación íntima de familiaridad con Dios es amar a Dios y amar al prójimo. Condición previa al amor es el conocimiento. Para llegar a quererse con sinceridad y verdad, hay que tratarse, hay que conocerse. En la devoción rociera encontramos muchos momentos para tratarnos, para charlar, para compartir los ratos alegres y para ayudarnos y consolarnos mutuamente en situaciones amargas y tristes. Se realiza y se comparte la oración en las sabatinas cuando nos unimos junto al Pastor y a la Virgen y les bendecimos dándoles gracias y cuando, después, charlamos de nuestras cosas tomando una copa. Si algún hermano está enfermo

vamos a visitarlo y le damos un rato de distracción y de consuelo. Participamos en la ceremonia del bautizo de un nuevo miembro de la Hermandad o en el sacramento del matrimonio de una pareja rociera. Rezamos por la familia que perdió un ser querido y por el que hizo un camino hacia la eternidad y, en todas las circunstancias, nos sentimos verdadera familia cristiana y así se vive la religión y así nos hacemos rocieros y así nos sentimos dichosos de contar con tantos hermanos y amigos en la fe y en la devoción a la Virgen.

En los surcos del tiempo
yo voy sembrando
ilusión y esperanzas
de cuando en cuando;
la vida es larga
y las lágrimas riegan
horas amargas.

Por la esquina del aire
yo vi un mendigo;
no pedía limosna,
sólo un amigo;
yo no sabía
que el mendigo era sombra
del alma mía.

He sembrado en la tierra
penas y amores;
de la tierra, con agua,
nacen las flores.
Qué te parece
que el amor, con la pena,
también florece.

Yo pensé que en la vida
iba perdiendo
y encontré amigos buenos
en el Rocío.
Ay, qué alegría;
también dijo la Virgen
que me quería.

Uno de los frutos fundamentales que nacen del hecho de hacer el camino, es la amistad y el cariño de los que comparten cansancio, calor o frío, la lluvia, las malas noches, el polvo y también la alegría, la oración, la canción, el baile y la copa de vino. Al convivir unos días en la grandiosidad de la naturaleza en primavera, abrimos nuestro corazón creyente y rociero y escuchamos la armonía de otros corazones que sintonizan con el nuestro. Los Rengues, son esas paradas que hacen las Hermandades, para descansar un rato, para rezar el Ángelus, para celebrar la Santa Misa, para realizar los bautizos rocieros del camino o, sencillamente, para cantarle a la Imagen chiquita del Simpecado y cuando llega la noche, las acampadas están llenas de embrujo y de arte por los que saben cantar, por los que bailan sevillanas, por los que tocan las palmas y por los

que, simplemente están allí, sintiendo todos la mirada complacida de la Pastora y, en esas convivencias religiosas y festivas, se acercan también los corazones bajo la mirada de la Virgen.

No sé qué tienen las noches
del camino rociero
cuando el corazón se llena
con la luz de los luceros
y el alma también descansa
entre el fuego y el relente
con un murmullo de voces
cuando le reza la gente
a esa Señora del cielo.
Los ojos son como espejos
donde se reflejan llamas
y el rojo de los reflejos
ponen rojas las retamas
y los pinos. La espesura
de ese Coto milenario
guarda las Avemarías
de lágrimas y rosarios
de fuegos, de fe y de penas
que también arden por dentro,
cuando los labios pronuncian
los sentires que en el centro
de la vida y de la fe
se toman en surtidores
de ternura hacia el Pastor
y florecen en amores
hacia la Blanca Paloma,
a compás de los crujidos
de las ramas que se queman.

El Coto escucha el sonido
de guitarras y de palmas
y de las voces cansadas
que hacen vibrar en el alma
la devoción. Unas copas,
un baile por sevillanas;
algunos siguen cantando
hasta llegar la mañana,
otros, envueltos en mantas,
como crisálidas quietas,
descansan. Las horas pasan
con lentitud de carretas
y con soñar de caminos,
hasta que clarea el día.
Los rescoldos aún calientan
y una flauta de alegría,
cantando al son del tambor
llama en los ojos cerrados
que se abren a la luz.

Ya los mulos enganchados
 hacen sonar campanillas
 de los collerones; suenan
 las voces del carretero
 y de nuevo las arenas
 frenan pasos impacientes
 que quieren ir más a prisa
 porque en la ermita, tan blanca,
 nos espera la sonrisa
 de la Virgen del Rocío
 y la del Pastor divino
 para inundar de cariño
 a sus hijos peregrinos.

Hacer el camino es una experiencia maravillosa, pero además tiene la importancia de que nos hace convivir muy de cerca con otras personas con las que se establecen vínculos de amistad muy fuertes. Compartir momentos importantes de nuestra vida con otros hermanos rocieros, nos hacen sentirnos más próximos afectiva y espiritualmente. Si sentamos a alguien a nuestra mesa es porque le queremos y, al mismo tiempo, eso mismo nos une aún más a su corazón. Rezar juntos, cantar, reír y todo cuanto se realiza en común, de una manera espontánea, hace que los corazones se acerquen. Se da el fenómeno curioso de que, cuando ha sido raptada una persona, al cabo del tiempo, los raptadores y el raptado suelen establecer un modo de simpatía y de atracción psicológica que ha sido estudiada detenidamente por los científicos.

La devoción rociera nos hace tratarnos con rocieros de nuestra Hermandad y con otras Hermandades y establecemos un vínculo de amistad sincera y entrañable que es la esencia de la religión, y hasta gritando un viva al Pastor y a la Virgen, estamos compartiendo la misma fe y la misma devoción.

El viva que yo grito
 es oración
 lo mismo que mi llanto
 o mi canción.

Tocando palmas
 también le doy un viva
 con toa mi alma.

La Virgen se sonríe,
 mis ojos lloran.
 Ella sabe el cariño
 de quien le implora;
 llega hasta arriba,
 a lo alto del cielo,
 mi ardiente viva.

Tengo ya la voz rota
 de cantar tanto
 y cansao y con sueño
 toqué su manto.

Estoy deshecho
pero un viva en silencio
vibró en mi pecho.

Te acercaste, Señora,
a mi Hermandad
y una Salve, gritando,
quise rezar;
ya no podía
y con un viva ronco
te bendecía.

Esta ternura hacia la Madre de Dios, que también es Madre nuestra, tiene que realizarse en la verdad de un comportamiento honrado, sincero y noble. Seguir a Cristo como lo hizo Ella, significa tomar un camino, comprometerse con una manera de vivir que, muchísimas veces, será motivo de incomprensiones y de críticas por parte de algunos que incluso se tienen por, cristianos, pero que llevan en su mente una división y una lejanía insalvable entre lo que piensan y lo que hacen.

Cuando se le tiene amor sincero a la Virgen, hay que hacer lo que Ella desea y, lo que Ella quiere es que no olvidemos a su Hijo Jesús y que nos queramos nosotros.

Rocío, para ser reina
no te hace falta corona,
ni necesitas sombrero
para adornar tu persona,
porque Tú eres la Pastora
que nunca nos abandonas.

Sin pinares ni marismas,
sin arenas ni caminos,
Tú siempre serás la estrella
que guía a los peregrinos
hasta encontrar en tus manos
al Pastorcillo divino.

Aunque no hubiera fandangos,
ni rumbas ni sevillanas,
te cantarían las aves
cuando llega la mañana
y en Madrid repicarían
con tu nombre las campanas.

Si se secaran los cielos,
si no cayera el relente,
si se agotara el pocito
y no corriera el torrente,
siempre tendré tu Rocío
y en tu corazón, mi fuente.

Te hice, Virgen gloriosa,
 un altar dentro del pecho
 porque eres pura y hermosa
 y eres, de todas las cosas,
 lo mejor que Dios ha hecho.

Querer al prójimo, como el Pastor desea, es algo hermoso, pero también difícil en ocasiones y digo que es hermoso porque si, de verdad, los humanos llegáramos a querernos, con la celeridad de un relámpago, se acabarían todas las guerras, las violaciones, la droga, los asesinatos, el hambre, las separaciones, los robos. Quién se iba a atrever a hacerle daño a un ser querido? Qué padres buenos le quitarían el pan de la boca a sus hijos para comérselo ellos? Cuando hay cariño sincero, son los padres los que saben sacrificarse para que a sus hijos no les falte ni gloria bendita. Cuando hay amor de verdad, se justifican con benevolencia hasta los defectos, porque, casi, ni se ven. La pena es que cuando falta buena voluntad, alejamos de nuestro corazón a los demás. Sin rencores y sin resentimientos tenemos que decir con pena que nos sentimos rechazados por personas en las que buscamos ayuda, orientación, aliento y comprensión. Es verdad que los rocieros somos limitados y pecadores y que en el mundo rociero hay muchos defectos; que a él se incorporan personas que no viven la verdad del Rocío ni les interesa lo espiritual o les falta ese saber estar que hace posible y agradable la convivencia; con un mal comportamiento contribuyen a que la imagen que se percibe del Rocío deje mucho que desear, en ocasiones, pero el rociero debe seguir caminando entre tormentas de incomprensiones, empapado del agua y del frío de críticas despectivas, con incomodidades de aglomeraciones de gente que no es rociera y con el cansancio de nuestra propia limitación, sabiendo que Ella, la Virgen, como el Pastor, comprenden nuestras debilidades y nos esperan para bendecirnos y hacernos descansar con su cariño.

Yo le canté al Simpecao
 y alguien se rió de mí
 cuando lloré emocionao;
 miré a la Virgen y vi
 que también había llorao.

La paz de los olivares,
 el sol con la arena de oro
 y el verde de los pinares
 son, pa mí, como un tesoro
 que alivia tos mis pesares.

Un día que fui a rezar
 estaba sóla la ermita,
 con fe me puse a cantar
 y el Niño, con sus manitas
 llevaba, alegre, el compás.

Yo le canto pa pedir
 por la paz del mundo entero,
 por la fe y por la amistad
 de estos buenos rocieros
 que forman nuestra Hermandad.

Miro su cara morena
cantando delante de Ella
y le cuento toas mis penas
y sus ojitos se llenan
de lágrimas como estrellas.

Hay personas que, sin conocer el Rocío, preguntan o expresan sus opiniones, que están en desacuerdo con las nuestras, pero lo hacen con corrección y con respeto. Hay otras que lo que intentan es molestar, ridiculizar e incluso en ocasiones, ponen un matiz de desprecio en sus palabras que llega a herir. Para los que preguntan o no están de acuerdo hay que tener respeto y amistad, porque es la mejor y la única manera de responder y mostrar la verdad del Rocío. Para los que afirman rotundamente sus opiniones e incluso intentan ofender, el único camino, no es el diálogo, puesto que cierran sus oídos y su corazón a la amistad y a la verdad, sino una sonrisa y dejarlos ir por la puerta de la lejanía.

Me dices que voy de fiesta
siempre que voy al Rocío
y tú no sabes las penas
que llevo en el pecho mío.

Si llevo traje campero
también te metes conmigo
y tus burlas tienen hierro
como un rejón de castigo.

Te extraña que, cuando rezo
mirando a la Virgen, llore;
te hace gracia a ti la cosa
y dices que eso es folklore.

Cuando te hablo del Rocío,
te altera lo rociero
y embistes igual que un toro
que sale por los chiqueros.

Al que critica el Rocío
no le hago caso siquiera,
con una larga torera
lo alejo del lado mío
y se astilla en la barrera.

Para nosotros, los rocieros, el Rocío es algo muy importante, es algo entrañable que nos acerca a Dios, a la Virgen y a nuestros hermanos. Es una gracia de Dios que nunca agradeceremos bastante. Es una manera de concebir la vida sintiendo que este camino de la existencia, en medio de penas y sufrimientos, nos lleva a la alegría del encuentro en la resurrección, porque nuestro trato con Dios y con la Virgen podrá ser amargo y triste, cuando llegamos con nuestros fracasos a los pies de la Señora y ante la presencia misericordiosa de Dios, para alcanzar el perdón, pero, la seguridad de su amor inmenso,

nos hace sentir de nuevo la paz y vivimos siempre con la alegría de saber que Ellos nos siguen queriendo.

Amanece en los cristales
de mi barrio en los Madriles
y se me figura, al verlos,
espejos de los frontiles.

El verde de los pinares
es más verde en la marisma,
que el color siempre es distinto
porque la luz no es la misma.

Qué alegres van los romeros
con sus figuras esbeltas
y nos cambia la apariencia
la tristeza de la vuelta.

Me llenó de luz divina
la ternura de tu encuentro;
al volver ya no sonrío
pero tu luz va por dentro.

Aunque toa la vida entera
gritara: gracias, Rocío,
no empezaría siquiera
a agradecerte de veras
el haberte conocío.

Iremos a no iremos a las marismas. Nos agradará el vino o no nos agradará. Nos gustará cantar sevillanas o preferiremos ir callados pero, de cualquier manera, nos gusta el Rocío porque en él nos encontramos con personas a las que querer; encontramos una forma de devoción positiva, luminosa y sencilla que nos hace más fácil encontrarnos con Dios y con la Señora, nos da la ocasión de encontrar amigos sinceros que nos quieren y nos sentimos dichosos porque no hay en el mundo riqueza mayor que tener buenos amigos.

Pa decirte, Señora,
cuánto te quiero
me han traído mis prisas
de rociero.

De Madrid vengo
pa ofrecerte, Paloma,
to lo que tengo.

A tu Niño divino
con fe lo adoro
y no sé qué me dice
que siempre lloro.

Yo veo un Niño
pero es Dios hecho hombre
por mi cariño.

Sólo soy tierra seca
pero quisiera
que en un jardín de flores
me convirtieras.

Corazón mío,
riega mi pobre tierra
con tu Rocío.

Llévame de la mano
por el camino,
que no pierda las huellas
de mi destino.

No tengo duda
seré un buen rociero
si Tú me ayudas.

Con la ayuda del Pastor y de la Virgen seguiremos andando por la vida con fe y con amor; seguiremos creyendo en su palabra, y en su perdón; seguiremos repartiendo cariño y haciendo el bien al que necesite de nosotros, seguiremos perdonando al que nos ha ofendido; seguiremos esperando un Rocío celestial y eterno y seguiremos siendo rocieros.

A fuego grabé un blasón
en mi pecho rociero;
en su centro, un corazón,
debajo un largo sendero
y un lema, que es mi ilusión
y dice: Madre, te quiero.

Mi vida es como esa flor
que está junto a la vereda;
nadie admira su color,
nadie en ella se recrea
pero vive con amor
sólo pa que Dios la vea.

Lo mismo que un posadero
te esperaré siempre alerta;
si estás cansao del sendero,
ven y acércate a mi puerta
que es casa de un rociero
y la encontrarás abierta.

Siempre que me llevo a verte
 vuelvo con más alegría
 y yo bendigo mi suerte,
 ay, Rocío de mi vía;
 desde que empecé a quererte
 te quiero más cada día.

El Pastor es claro sol;
 la Virgen, la luna bella
 y las luces de su amor
 son las que dan resplandor
 a mi Hermandad de la Estrella.

Ha sido el mismo Dios el que nos dio a su propia Madre como Madre nuestra. La Virgen que vive en su presencia, vuelca su corazón hacia nosotros y, como todas las madres buenas, siempre tiene la mano extendida para pedir, no para ella misma, sino para los hijos. Dios la hizo pura y sin mancha, pero Ella, como un espejo purísimo, devolvió nítida, la misma Imagen de Dios que es bondad y es amor infinitos. Ella amó a Dios con todas las fuerzas de su ser y Dios se sintió complacido de la obra que había hecho y de la entrega absoluta que María hizo de su libertad. La mejor de todas las criaturas, pudo darle a Dios el consuelo que gran parte de la Humanidad le ha negado enzarzada en odios, guerras, hambres provocadas por el egoísmo. Para nosotros, la gran alegría, el consuelo profundo de nuestro corazón es sentirnos hijos de Dios y también hijos de la Virgen del Rocío, de esa bendita Madre que le dio a Dios infinito todo cuanto tenía.

El romero de los campos
 tiene ese bonito olor
 porque en él tiende la Virgen
 la ropita del Pastor.

El agua de la laguna
 se vuelve limpia y muy clara
 cuando la Virgen morena
 se lava en ella la cara.

Es la arena del camino
 alfombra de oro molío
 que los ángeles le ponen
 a la Virgen del Rocío.

Todos los lirios del Coto
 alargan su esbelto talle
 pa ver en la primavera
 a la Virgen en la calle.

La humildad de la Señora
 su sencillez y pureza
 a Dios mismo lo enamora
 y, de Reina o de Pastora,
 hasta el mismo Dios le reza.

En esta vida, para muchos corazones, lo importante es tener dinero, fama, salud y pasarlo bien. Para el rociero lo más importante debe ser llevar el corazón siempre lleno de una fe que sea como la luz que guía todos sus pasos y todo su hacer, pero con el calor de una bondad que sea reflejo del mismo corazón de Cristo que supo querernos hasta dar su vida por nosotros y alentados por la ternura hacia la Virgen, ser consuelo y ayuda para nuestros hermanos, de tal modo que aquel que llegue a conocernos y a tratarnos, se alegre de haberlo hecho.

En los primeros tiempos del cristianismo, los creyentes se querían de tal manera que causaban la admiración de los paganos. El comportamiento sencillo y sincero entre ellos provocaba una exclamación asombrada que, en pocas palabras, expresaba la esencia de la fe y del amor de los creyentes: mirad cómo se quieren! Dios y la Virgen nos ayuden a comprender y a vivir en nuestro ambiente rociero, este modo sencillo y sincero de relacionarnos y que, como dice el Apóstol San Pedro, que nos comportemos de tal manera que la gente al ver nuestras buenas obras glorifiquen a nuestro Padre del cielo.

La luz puso azul el cielo
y los pinares despiertan;
la Virgen lava a su Niño
y por la ventana abierta
ve a San José que trae papas
y ajos frescos de la huerta.

La harina blanca en la artesa;
agua, sal y levadura.
La Virgen está amasando
y al mismo tiempo procura
que el horno esté calentito,
a buena temperatura.

La Virgen guisa las papas
con carne, ajo y laurel
y ca vez que lo destapa
y se inclina sobre él,
el guiso le grita: guapa,
sin poderse contener.

El Niño corre jugando
con luz de tarde abriñeña.
San José parte unos troncos
pa que no falte la leña
y la Virgen, mientras cose,
con sus rocieros sueña.

Se quieren de corazón
Jesús, José y María
con paz, amor y alegría
que no hay ^{mejor} ~~es~~ religión
que quererse cada día.

¡Viva la Virgen del Rocío!